

¿Donde estara el burro de Alcuino?

VÍCTOR
MÁRQUEZ
REVIRIEGO

Tiempos pasados hubo en que los jarales de Sierra Morena se convertían los domingos por la tarde en sucursales de la Línea Maginot. Las más afamadas escopetas nacionales arcabuceaban el aire, doquiera la perdiz pobre sus alas rápidas llevara. Pasaron aquellos tiempos.

Vuela el ave en su remanso y está más tranquilo el gamo, salvo banquero en contrario. Al menos, los domingos y otras fiestas de guardar. ¿Qué ha pasado aquí? Recurramos al clásico.

Dice Juan de Lucena: «Jugaba el Rey y éramos todos tahúres. Estudia la Reina y somos ahora estudiantes.» Lo cual, traducido al lenguaje poético, quiere decir que ahora las más afamadas escopetas nacionales cambiaron la berrea por el arpegio y gracias al ejemplo de reales aficiones queda la fauna tranquila y duerme el cazador la siesta de un fauno. Sumemos los miles y miles de libros publicados cada año, los abundantes congresos de filósofos jóvenes, la proclividad literaria de las damas de la jet-set (convertidas, ellas, en dialogantes platicadoras para las revistas del periodocardio) y otros eventos consuetudinarios de la ibérica minerva, que acontecen en la rúa o aledaños, y concluiremos cuan justificada está la capitalidad cultural europea que Madrid disfrutará en 1992. Siempre, claro está, hay aguafiestas. Un servidor, mismamente, que no puede concurrir a los citados congresos de filósofos jóvenes, porque para ser joven le sobran casi los mismos años que le faltan para ser filósofo. O personalidades de mayor enjundia y conocimiento. Por ejemplo: el profesor don Juan Pablo Fusi, director que fue de la Biblioteca Nacional, autor de una tercera del «ABC» (publicada el 26-XII-1987) donde escribe de Universidades y bibliotecas y se entusiasma con la situación de las bibliotecas universitarias españolas de entonces (¿ustedes creen que habrán cambiado mucho?). Habla -hablaba- de la biblioteca de la Universidad de Nueva York: ¡un edificio de doce plantas! Habla -hablaba- de la biblioteca de la Universidad de Columbia, también de por allí: ¡veinte mil estudiantes y más de seis millones de volúmenes!... Habla -hablaba- de la Universidad Complutense, la de Madrid de siempre, que en tiempos de las afamadas escopetas nacionales se llamaba Universidad Central. Y esta biblioteca nuestra no existe. Hay bibliotecas dispersas, en las dispersas y diversas Facultades universitarias. Y laméntase el ilustre profesor (y director que fue de la Biblioteca Nacional) de esta guisa: «¡Y pensar que hay quienes tienen la chusca pretensión (o dulce inocencia) de reclamar para Madrid el título de capital europea de la cultura!» El ilustre profesor que es, y director de la Biblioteca Nacional que fue, podrá hoy ver cómo las más chuscas pretensiones (o, en su defecto, dulces inocencias) se convierten en realidad en nuestra España (bueno: la nuestra y la de los demás, porque no hay otra).

¿Tendrá la Universidad de Madrid, la Complutense y las demás, una gran biblioteca para todos cuando Madrid sea capital cultural?

¿Será eso de la capitalidad cultural una ocasión más para festolinas y pecoreas? ¿Es eso de la capitalidad cultural, como en semejantes acontecimientos municipales, autonómicos y nacionales en uso, un pretexto más para despachar el consabido evento con miles de fotocopias, cuatro oficinas de relaciones públicas y algún jolgorio atronador en la plaza correspondiente? Demasiadas preguntas, demasiadas cuestiones, que decía mi viejo amigo alemán.

Alguna pregunta más:

¿Tendremos alguna biblioteca de guardia, a estilo de las farmacias donde el adicto se provee de jeringuillas?

Porque las bibliotecas españolas tienen horarios de burócratas de Cilla (o de Forges, si mayor actualidad quieren ustedes). Servidor, que está adscrito a Madrid casi como los siervos a la gleba, tuvo a pesar de eso la feliz oportunidad de viajar una vez, e incluso dos, a los Estados Unidos (eso sí: pagándose el viaje de su bolsillo y no como otros). Tengo un amigo poeta que es profesor en una Universidad situada en el alfoz de Chicago.

Y una noche me llevó a la biblioteca de tal Universidad (que no es la más importante de por allí). Serían las doce o la una de la noche. Estaba la biblioteca -es decir, el edificio que la albergaba- complementamente iluminado. Y, además, lleno de estudiantes. Explicóme el profesor que la biblioteca permanecía abierta todo el día (o acaso todo el día... con su correspondiente noche). A cualquier hora podían sacarse libros, hojearlos, leerlos, devolverlos, mirarlos... ¡Y todo en el acto! Y esto me anima y me desasosiega.

Me anima, porque pienso que acaso algún día la influencia norteamericana llegará algo más allá de lo que llega, de lo tópicamente norteamericano, y entonces tendremos aquí bibliotecas si no tan bien dotadas como las de allí, porque dinero hay menos, sí con ese espíritu de servicio de allí, que tan escaso e inexistente es aquí.

Y me desasosiega, porque dada mi sobra de años para ser joven y mi falta de años para ser filósofo, ni me dará tiempo a llegar para verlo ni tendré la resignación o sofrosiné o ataraxia o como helénicos diablos dígame eso, para conformarme con mi iletrado infortunio. Faltarán bibliotecas, sí.

Pero, ¡ay!, no faltará el ruido y la pachanga. Porque en España en general, y en Madrid en particular, cualquier evento se resuelve en y con pachanga.

Será cosa de cristianos viejos -ruidosos ellos, pues nada tienen que ocultar- y que el ruido es, como es, consecuencia del pecado original (*doran dixit*). ¿Seremos más cultos con la capitalidad cultural? ¿Sí o no?

Recurramos otra vez al clásico -otro-; a mi buen capitán Francisco de Aldana, a cuyas órdenes y versos estaría. Dijo él, y dijo bien:

«... no porque el yelo queme a la verdura y la pueda quemar también el fuego,
por eso el yelo es fuego, el fuego es yelo».

***«Sumemos los miles y miles de libros publicados cada año
Jos abundantes congresos de filósofos jóvenes y otros eventos consuetudinarios de la ibérica minerva que acontecen en la rúa, concluiremos cuan justificada está la capitalidad cultural europea que disfrutará Madrid en 1992»***



«¿Es eso de la capitalidad cultural un pretexto más par a despachar el evento con miles de fotocopias, cuatro oficinas de relaciones publicas y algún jolgorio atronador en la plaza correspondiente?»

Traduzcamos al lenguaje tecnocrático: «No porque Madrid sea la capital europea de la cultura, va a ser Madrid la capital más culta de Europa.» ¡Alto ahí!

¿Qué es eso de más culta o menos culta? ¿Es que la cultura es una carrera de caballos donde uno corre más que otros?

Por supuesto que no. Pero dicho sea para no caer en lo contrario. O séase: para que un edil, munícipe e incluso alcalde, escasamente alfabetizado, pueda creer que por ser edil, munícipe e incluso alcalde de una ciudad que es capital europea de la cultura, ya somos más cultos (¡hasta él mismo!, ¡jelines!)... ¡Vamos, que esto sería la fraternidad platónica, el peripatos aristotélico, la Biblia en pasta, ora en rústica ora en piel, que tampoco nos vamos a pelear por eso, la *aufklarung* y acaso la barbería de mi pueblo, resumen de sapiencias heredadas (ergo, contrastadas, cosa notable en predios tan poco dados a la ciencia experimental como los celtibéricos). Porque, claro, a estos gobernantes de lo municipal y espeso antes aludidos no les pasa como al referido por el colega inglés. Es decir, que la política no les absorbe tanto como para apartarles de cosas más importantes. Y eso es lo malo.

Mil veces mejor la saludable y distante ignorancia de otros tiempos que este meterse en todo y subvencionar todo para administrativizarlo todo y des-huesarlo todo.

Porque mala cosa es cuando en la vida cultural quiere sustituirse el hecho por el acontecimiento.

A ver si soy capaz de explicarlo (y si dadas las premuras de mi tiempo no lo logro, que alguien coja la idea y la desarrolle). Aún sin *copyright*. Decir quiero y digo que aquí no interesa nada si no es un acontecimiento. Por eso la política pachanguera, la política de aniversarios, extranjeros y famosos (mejor todavía: de extranjeros famosos). Un acontecimientos es aquello que abre un noticiario en la radio, que titula una sección en un diario, que merece una entrevista o un reportaje en un semanario, que obliga al ejecutivo, al *yuppie* o a la jetarra, a la asistencia (porque «hay que estar allí, pues van los fotógrafos»). ¿Y, en cambio, qué es un hecho? ¿Para qué sirve inaugurar, y dotar, una biblioteca, si eso no merece ni un suelto de una columna en la sección de local del periódico más preocupado por lo cultural?

Por el contrario: ¡qué formidablemente rentable es la política pachanguera! ¡Y cuanto más ruidosa mejor! Llene un estadio con un ídolo y verá lo que es bueno y los votos que obtiene (eso dicen los del ramo). ¡Ah, queridos y sufridos lectores, el ruido!

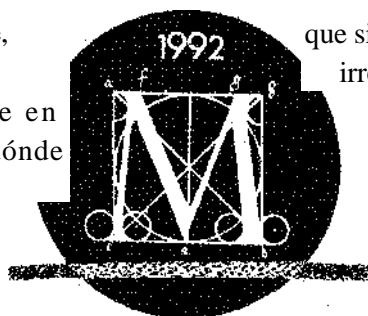
Alguna vez he dicho que uno de los motivos por los que Shakespeare es más famoso que Calderón (y que conste que a servidor le gusta más el inglés) es porque el monólogo de «Hamlet» siempre ha podido oírse entero y, en cambio, el de Segismundo no hay forma, pues aquí el personal empieza a toser. ¡Hágase un estudio de la Historia de España desde su relación con el ruido y verán cómo se explican acontecimientos que hasta ahora no se entendían! ¡Siendo así -y no tengo ahora ni tiempo ni espacio para demos-

trarlo, pero así es- cómo queremos que haya bibliotecas en los centros universitarios! ¡Si algo es una biblioteca es un lugar de silencio! En lugar de bibliotecas, para 1992 y nuestra maravillosa capitalidad cultural, tendremos agasajos postineros. ¡Eso sí: con la crema de la intelectualidad! ¡Con los novelistas ministeriales! ¡Con los filósofos -jóvenes o viejos-del pensamiento débil! (Y tanto.). Etc... Pero un peligro amenaza.

Este: ¿Dónde más méritos para la capitalidad cultural? ¿En Barcelona, con su Olimpiada y multivisión? ¿O acaso en Sevilla, donde están a la que salta y ya preparan edificios de los llamados inteligentes, incluso uno que al parecer lo es en tal grado que el paisanaje lo apoda «El Listillo»? Ya se sabe que la competencia es buena para el progreso. Así que entre la Olimpiada, la Expo y la capitalidad cultural esto es que... ¿cómo diría yo? ¡ah, sí!, ¡esto se va a poner que no se puede aguantar! Porque sabido es que la existencia de un Rieron de Siracusa o un Asépico producen un Píndaro. ¿Y por qué no dos o mejor tres? Uno para Barcelona, otro para Sevilla y el último para Madrid.

¿Dónde estaría la capital europea de la cultura en tiempos de Carlomagno? ¿En Aquisgrán acaso? ¿Tal vez en Tours? ¿No estaría más seguramente en las alforjas de Alcuino, que iría de una parte a otra montado en un burro? /.Dónde estarán las alforjas de Alcuino?

Eso sólo Dios lo sabe,
por-ni Dios puede
parecer O sea, que en
el be nadie, saben dónde
está



que si digo que no lo sabe
irreverente.
mundo no lo
sa-¿A que ustedes
sí el burro?